

ЛАСЛИ Y LA TEORÍA SOCIAL CONTEMPORÁNEA

SERGIO TONKONOFF

PÁGINAS 11 - 15

¿Cómo no ver la obra de Lacan al modo de una encrucijada? ¿Y cómo no atender, lacanianamente, a la composición de esta palabra que la caracteriza? Una encrucijada es una intersección, un cruce de caminos, es conjunción y disyunción a la vez, a la vez confluencia y discrepancia, nudo e intermediación. Encrucijada es, también, una situación compleja, una alternativa ardua, un dilema angustiante que vuelve vulnerable, que deja en la estacada, pero que resulta, al mismo tiempo, la condición de un cambio radical de rumbo, del surgimiento de nuevos posibles. Palabra cuya raíz es cruz: figura geométrica, emblema, superficie de proyección y simbolización de culturas más diversas, y el lugar donde fue clavado el nazareno.

Esta atención a las palabras en lo que ellas transportan y reflejan –nada menos que la realidad del universo entero, como las mónadas de Leibniz o el Aleph de Borges–, es quizá una de las indicaciones más profundas de esta obra heterodoxa. Pocos contemporáneos tan livianos como Lacan para jugar con el lenguaje, y pocos tan pesados, o densos, a la hora de hacer ver su materialidad viscosa. Hagan crucigramas, recomendaba. Sin dudas para que experimentemos, concentradas en ese trivial pasatiempo, la gracia y la seriedad que cualquier uso de las palabras comporta. Uso que siempre es un juego al que jugamos y que nos juega. Cruci-gramas para que advirtamos, también, los datos centrales de su teoría del discurso que es fundamento de su teoría del lazo social y del sujeto.

El juego lacaniano con las palabras, a saber, su despliegue metafórico y metonímico, su ritmo, su inventiva terminológica, la precisa indeterminación y apertura de sus expresiones, todo lo que configura la luminosa opacidad de su estilo, en definitiva, su poética, no es otra cosa que la puesta en acto de sus formulaciones teóricas. Y es que si todo humano es un “parlêtre”, la relación del sujeto con la cultura no puede ser de exterioridad sino que es íntima, puesto que aquella lo constituye barrándolo. Pero si sujeto y cultura no son lo mismo, en tanto el sujeto producido de ese modo porta –y tal vez no sea otra cosa que– los residuos íntimos de su socialización, entonces no serán los idiomas de la identidad los que permitan dar cuenta de ese tipo de relación. Para decirla, habrá que formular una lógica otra e inventar las palabras que la articulen. Tal cosa es, por ejemplo, la extimidad. Una de las palabras-cruz creadas por Lacan para dar cuenta de este singular vínculo entre sujeto y cultura. Vínculo que es al mismo tiempo, y estructuralmente, de exterioridad e intimidad mutua.

Puesto de otro modo, ¿cómo decir que sujeto y cultura viven en el lenguaje y son, por tanto, sin fin y sentido último? ¿Cómo decirlo, mostrando que ambos resultan intrínsecamente incompletos, diferentes de sí mismos, y que su dinámica más elemental y profunda consiste en buscar, sin embargo, una identidad imposible? ¿Cómo decirlo, ante todo, si el lenguaje, causa de esa incompletud, reviste los mismos rasgos, la misma necesidad y la misma imposibilidad identitaria que los conjuntos sociales y subjetivos que funda y desfonda? Si esto fuera correcto, sólo podría esbozarse con frases donde los sentidos se condensan y se desplacen, como en la niñez o en el sueño. También con dobles, triples y contra sentidos, los de una escritura alambicada e inconcluyente, un discurso basculante, prodigio del claroscuro, descentrado, deslizante y barroco. Discurso hecho de enunciados que, aún siendo correctos desde el punto de vista sintáctico, resultan elusivos, elípticos o francamente incompresibles desde el punto de vista al que nos acostumbró la ideo-lógica identitaria (o aún dialéctica) para la cual el individuo es sustancia y la sociedad es positividad.

De la lógica lacaniana entonces, su poética. Pero lo contrario también es cierto. Y es que esta poética obra, a la vez, como una fuente principal de la teoría. Una teoría convertida así en poesía o teoría, si hemos de emular malamente las operaciones discursivas que le son propias. Sucede que estos juegos con/de los significantes son, sobre todo, recursos de una heurística. Y lo mismo puede decirse de la presencia (constitutiva) del humor y la ironía en este discurso teórico. Ambos remiten en Lacan a esa técnica del descubrimiento y la creación. La heurística es un arte antiguo y olvidado. Su etimología indica con claridad la cruz, el cruce, que define su práctica: procedente del griego *εὕρισκειν*, significa hallar e inventar. Designa una serie de técnicas de búsqueda y de experimentación “al tanteo”, un método conjetural para elaborar hipótesis de trabajo, tanto como un procedimiento audaz e informal de resolución de problemas serios. Arquímedes en la bañera y su legendaria expresión, eureka! (he hallado/he inventado).

En la bañera lacaniana, en su encrucijada heurística, es decir, en la extraordinaria torsión de su escritura, la poética del neologismo sistemático y el uso generalizado de la comicidad convergen con reflexiones tributarias

de antiguas tradiciones occidentales –la filosofía, la teología cristiana– y de disciplinas que pueden verse como las líneas de fuerza más agudas de la modernidad: el psicoanálisis, las vanguardias artísticas, la lingüística estructuralista, la matemática. En ese caldo se cocina lo que, a la postre, se iría a revelar como una teoría social propiamente dicha. Es decir, como un discurso, epistemológicamente reflexivo, no sólo sobre el sujeto sino también, y al mismo tiempo, acerca de las características y el estatuto de la objetividad social. Un discurso, entonces, firmemente radicado en el campo de la ontología social, por cuanto para dar cuenta del “ser” del sujeto se ve obligado a producir una respuesta sobre el “ser” de lo social. Respuesta que, no obstante, pone a trabajar una desconfianza radical hacia la ontología como departamento filosófico siempre lastrado de sustancialismo (el del ser, precisamente), y lo hace con una confianza, igualmente radical, en las posibilidades subversivas que, a este respecto, comportan el arte y la ciencia modernas en sus vectores más vinculados a un pensamiento de la relación y el devenir.

Y por esta configuración y estos procedimientos, el discurso lacaniano concurre, junto con otros de la misma laya, a inaugurar el espacio de lo que es preciso llamar teoría social contemporánea. Esto es, el campo plural y excéntrico de interlocuciones producidas en la intersección de las ciencias sociales, la filosofía y la historia tanto con las ciencias exactas y naturales, como con las reflexiones surgidas en la arquitectura, la literatura, la pintura y la música.

Hay pues en la obra de Lacan una serie de hipótesis sobre la constitución y dinámicas del sujeto que involucran, de entrada, una serie de hipótesis sobre la constitución y dinámicas de la objetividad social. Hipótesis elaboradas a partir de una lógica otra (la del “no todo”) y unos métodos otros, en un campo que no es el del psicoanálisis estrictamente –y mucho menos el de la psicología en tanto disciplina específica. Ningún registro disciplinar puede contenerlas cabalmente, porque, transversales, subvierten o transgreden el catastro epistémico tal como se encontraba antes de su intervención y la de otros contemporáneos suyos (Bataille, Sartre y Lévi-Strauss, por nombrar a tres muy relevantes en este caso). Pero a esto hay que agregar que si hoy podemos hablar de una teoría social lacaniana, es porque el corpus de esa obra y las diversas formulaciones que allí se encuentran han sido leídas –en el sentido fuerte del término– con el objeto de generalizar su lógica y trasladarla a la comprensión del campo social y sus procesos. Esto ocurrió, de manera decisiva, en los trabajos de Laclau. Ante todo en el capítulo “Más allá de la positividad de lo social” del libro *Hegemonía y Estrategia Socialista* que escribiera con Mouffe. Comentándolo, Žižek, otro de los grandes artífices de este nuevo espacio paradigmático, afirma que allí quizá se dé “el avance más radical en la teoría social moderna”. Junto con Žižek y Laclau, los aportes de autores como Stavrakakis y en cierta medida Butler, se desarrollan actualmente en este espacio y lo hacen crecer.

En esa huella se sitúan los textos que aquí se presentan. Ellos muestran que Lacan va camino a convertirse en un clásico de las ciencias sociales y las humanidades, con el mismo estatuto que Marx, Freud, Durkheim o Weber. O, puesto en otros términos, señalan que el corpus lacaniano, tal como ha sido leído por la teoría de la hegemonía, está en vías de consolidarse como un paradigma capaz de promover desarrollos conceptuales y programas de investigación análogos al marxismo, la fenomenología, el estructural-funcionalismo o el interaccionismo simbólico. Lo que tal vez no encuentre analogía en estos modelos tradicionales es que su epistemología se nutre de las revoluciones científicas, artísticas y políticas que escanden el siglo XX; una epistemología propia de lo que hemos llamado el campo de la teoría social contemporánea, y del que la deriva lacaniana tal vez sea una vanguardia.